LAS MUJERES LOBAS

*Miguel Ángel Echegaray**

*El que viaja por tierras extrañas,
ve lo que quiere y también lo que no quiere.*

JOÃO GUIMARÃES ROSA

¡Taxi, siga a ese lobo! ¡Mujeres que corren como los lobos! ¡Sí, mujeres que corren como los lobos! No por estas calles decrepitas y cansadas, tampoco encima de las estropeadas banquetas que las angostan y que consiguen acentuar, aún más, su decadencia. No, no, no, otra vez supongo, por aquí no podrían, en activado sigilo, desplazar sus poderosas patas velludas ni agarrar beneficio alguno de la luz de la luna: la chica lista aún no se aparece por arriba de la marquesina de la *Taverna Joaquim*... En todo caso, los lobos, perdón, las mujeres, ejercitan y calientan sus musculosas piernas fuera de sus casas, esperando escuchar el aullido de salida, ¡y a darle tantos rayones al asfalto como puedas! ¡Mujeres que corren como lobos! ¿Mujeres qué? ¡Pues que corren como los lobos!

Enfilamos para otra esquina: yo dando pasos con pies tontos de turista y Marcelo así, como suele caminar él cuando va por ciertas rúas, por cierto, las más apartadas del barrio de Lapa, como un sanitarista afectado de lumbago, con la nariz escaldada por temor a los bajos olores humanos, certificados por la corrupción de la basura; olores de gatos cariocas orinosos, y es que la verdad la verdad, fachadas de comercios y casas barnizadas de mugre solemne que, por supuesto, se resisten al baño diario, una pocilga grisácea, abusadora de sus privilegios que, sin aparente dignidad, es bohemia, organizada y pulcra por tantos exce-

* Escritor y editor.

MIGUEL ÁNGEL ECHEGARAY

sos cometidos, por tantas plenitudes de tugurio, y vamos, cincuenta metros, más menos, sorteamos (por una buena causa) el charco de agua puerca y mero enfrente la Madre Ancestral, *un espacio de expresiones africanas*, un changarro acondicionado en unos cuantos metros, colmado de fetiches industrializados por aquí y por allá, más cuatro estantes de piso a techo retacados de libros, revistas, folletos, cedés, y muchos trapos de colores vibrantes para modelar un turbante o un mandil—*cierto, según el señor lo desee*—, dispuestos sobre una mesa de madera rústica. Entonces aparece una mujer alta, de imponente, avasalladora y gentilicia negrura, no más no menos de treinta primaveras, vestida a la usanza de sus abuelas angoleñas: túnica larga hecha de un solo lienzo estampado en rombos que se deforman a fuerza de mezclar azules eléctricos con amarillos chillones y que, sin demasiado picaportismo a la dicha ajena, pregunta con amabilidad universal: *¿qué precisan los señores?* Marcelo se soba la calva, se alisa el bigote blanco y, como si lo apesadumbraran con sus miradas una corte de testigos innecesarios, pregunta de corrido: *busco, apreciaría, indago—jescúcheme bien!— por el paradero de, preciso un libro de unos hermanos gemelos mozambiqueños y que es muy popular allá en esas tierras ignotas... ¿La señora lo conoce?*—*Sí, lo conozco*, responde enseguida, *es el diario de unas crianzas gemelas que sufrieron la injusta* (el subrayado es de ella) *guerra civil... no tengo ejemplares pero lo resuelvo con un nuevo pedido*, ella no sabe lo infelizmente prosódico que puede ser Marcelo cuando no consigue algo que sobremanera le interesa al momento. —*Ese libro de mierda me importa para ya, lo estoy esperando para ahora*, pronuncia con énfasis odioso, como si la frase le trajera buena suerte. La mujer no se minimiza, juguetea con su venia y con la posibilidad de que las comunicaciones modernas le envíen a Marcelo, en pronta entrega, el libraco que lo obsesiona. Sonríe y, soslayando al temerario comprador, asiente y masculla con labios de estilizado grosor un —*vamos a ver qué se puede hacer con esto, vamos a ver*. Marcelo mira para uno y otro lado (¡atención, lado uno, atención, repórtate!), como cuando muchos años atrás señalaba con el dedo meñique en el aparador de una tienda, en Edimburgo, la bufanda de colores estupendos que le convenía, mientras que el vendedor, un hombre con cara de ajolote rubio, enfriaba la len-

gua, *—por el precio de esa prenda, no muevo las otras, me complica separar y reorganizar la vitrina.* También hoy, ella se hace la desentendida, dobla y desdobla los paños de atávicas cosmogonías, eléctricos, vibrantes y de importación; luego nos observa con la avariciosa honradez de quien sabe que le debemos una compra sin sentido: *—Haré de inmediato un nuevo pedido.*

— ¡Me leva la cingala! ¡Me leva la cingala!

— ¡Chingada, Marcelo, chingada!

— ¡Eso, eso compadre!

La anfitriona coloca ahora, de una mesa a otra, figuritas de peces y pájaros dizque de marfil (¡puro hueso!); simula, coquetea anteponiendo su cargamento mítico de nueva madre ancestral, en un instante seguro que nos arroja de su reino, ¡no tanto, que los edictos reales tardan en tramitarse! Gesto nuevo y complaciente para encarar a Marcelo y advertirle *—para mí no es una simple transacción comercial, llevo buenos espíritus conmigo y para toda la existencia, voy a prestarle mi ejemplar, pero prometa que me lo devolverá.* A Marcelo se le iluminan, es la mujerona, de golpe en adelante, fantasía adulatoria de un pez de escamado brillante y encantado, una ave que se imita en pájaro de silbidos melodiosos, afirma en voz baja, trasmitiéndonos que su primera desesperación fue un numerito persuasivo y cinicón; pero en segundos cambió a profundo y minucioso elogio.

¡Ah, mañoso!, con que vamos a la Gruta, que eso quiere decir Lapa, para que percibas el ambiente del barrio bohemio más añejo y destartelado de Rio. ¡Ah, mañoso!, de ahí las explicaciones tan raquíticas y medio jocosas, *—pues aquí bebidos, en la noche, las calles se vuelven subterráneas como cavernas, ¿cavernas y tabernas hacen juego, no compadre?* Pero esto no es un juego, *—¡Mira para allá, pirata de un mes! A Igreja de Nossa Senhora do Carmo da Lapa do Desterro, es de invención portuguesa, la leyenda es muy curiosa: una niña se encuentra en una cueva la imagen milagrosa de la Virgen y la confunde con una muñeca, con lo cual salva la imagen que escondieron unos monjes benedictinos hacía mucho tiempo atrás, por la cosa de los infieles que nunca faltan (y que hoy sobran), bueno, la niña la tomó entre sus brazos y se la llevó; de esa manera se completa la leyenda que comenzó en la*

MIGUEL ÁNGEL ECHEGARAY

Edad Media, ¡cáracaracáracará!, su papá edifica una casita de muñecas para la virgencita, pero ni saboreó el gusto piadoso, llegaron otros benedictinos encapuchados, tan seculares que eran de esta centuria, decomisaron la imagen y la colocaron ahí en el altar, eso es todo, —¿todo? —Sí, los milagros no tienen explicación. —¿Y la niña? —A mí qué carajos me importa la niña, y hablando de niños, nos vamos rápido de aquí, porque esos precaristas no paran de pedir monedas. Con los vientres inflamados de lombrices y vestidos solamente con pantalones cortos, nos observan codiciosos y festivos unos cinco mulatitos de distintas edades, —Son famosos en todo el mundo, compadre, en todo el mundo; son famosos como viejos pequeños que limosnean y luego se los carga la cingala por obra de un asesino contratado por el tendero de la esquina, ¡vámonos, vámonos! ¡Me sacan de quicio tantos niños inútiles, maquinitas tragamonedas! ¡Niños de la calle, mundialmente conocidos por el novo cinema brasileiro, celuloide podrido! ¡Famélicos de profesión! A veces pienso como el tendero: están de más... ¡Vámonos ya! ¡Todos los que moramos en Rio somos abusivos, la gran bola de desgraciados que somos, compadre!

140

Es costumbre. En la *Taverna Joaquim* se bebe cerveza delgada, junto con una dosis básica de aguardiente de caña. Es costumbre. —¿*Todo bien?*, pregunta el mesero antes de anotar los alipuses en una libretita, porque en Brasil, en cualquier restaurante, sea de cinco o de una estrella, aun en los que ni siquiera figuran en el firmamento, te preguntan siempre “¿*todo bien?*”, como si pudieras responderles: *¿tienes tiempo, para contarte?* ¡Hombre, es costumbre!

Es costumbre y yo soy visita; llega la primera ronda y, ni modo, a ponernos persas con calma y tranquilidad, se la pasa descansado aquí porque me atengo a lo que estipula la sección B de la Guía de Rio: estamos *en feudo irreductible de los bohemios de todo tipo, Lapa vive en la noche. Sus Cafés-concierto, bares y clubes quedan atestados después de media noche. Una frecuencia increíble para ese sector otrora mal afamado, antro de prostitutas y malandros peleoneros*, y apliquémosle el desdén al negro espigado que en la mesa de al lado bebe con discreción una cerveza. Sombrero de carrete, barato; saco y pantalón blancos, baratos; camisa verde limón, barata. Vaya contraste con el traje de lino

color crema, caro, de Marcelo; con su camisa de algodón egipcio, cara, y su sombrero panamá, caro, que olvidó en casa. Una coincidencia, la única, su delgadez compartida. Sí, lo que hace la mano hace la tras, y la boca masculante y desdenosa de Marcelo es imitativa.

— ¡Este malandro no es del barrio, compadre! ¡Vamos a *cingarlo*, compadre!

El pícaro, aunque amolado, mantiene una dignidad estéril y luego, como desaprensivo, nos vuelve la cara.

— ¡Vamos a *cingarlo*, compadre!

Se acabó la escala del vividor ineficiente, este malandro es pacífico; infla los pómulos y se levanta camino a la puerta, —*¡eh, eh, eh!*, grita el patrón, *son dos reales*, y el malandro apoquina, se desprende como si tal cosa de unas monedas, convencido de que ya no existe taberna dónde birlarse unas cerbatanas. ¡Malandros a mí, compadre, son puro folclor irritante!

Narcibeatrice habla, afirma, jura por Dios y por el orden y progreso, que los negros más puros habitan estas lontananzas y en un dejo demográfico aplastador ilustra: —*Brasil es el segundo país negro del mundo, después de Nigeria, con más del sesenta por ciento de la población negra y mestiza. ¡Mucha fuerza, pero vivimos todavía en la oscuridad!*, remata, y yo digo para los de adentro, se vale sobar por culpa de un chiste colado...

¡Qué notable ebanista hizo a esta mujerona! Ocupa su lugar en la mesa y nos conmina a mirarla con un deseo atemperado y elogioso. Se hace la loca y tarda en sacar de su bolsita hecha de fibras naturales, *de colores y matices seductores*, el libro que le prometió a Marcelo Pessoto, cuatacho iracundo y soflamero que, por haber viajado a México en cinco ocasiones, se cree especialista en sus costumbres.

Otra ronda más. ¿A qué hora papeamos, puro chupirul? Narcibeatrice da un trago más al agua con gas y se erige en diosa del adiós: —*me lo devuelve en dos semanas* y Marcelo, muy agradecido, muy agradecido y muy agradecido, recoge el libro y se precipita a besarla. —*Échate otra, paisana*, le digo y no se siente obligada a ignorarme: *¡No soy campesina, soy africana señor!* Marcelo obligado, muy pero muy obligado, comenta a la diosa que su compadre es de México y no sabe tantas cosas de

MIGUEL ÁNGEL ECHEGARAY

Brasil como cree el metiche. Ella asiente la tatema y vuelve a tomar asiento y agua con gas. —*Del México sé cosas, Guerreiro, Veracriuz tienen poblaciones negritas, son poquitos ¿no?*, —sí, respondo, yo creo que es por el sol inclemente de la costa, y ella se extraña, creyendo que me burlo a su costa, pero enderezo mi domicilio y le digo que yo vivo en la Ciudad de los Palacios, Distrito Federal, y que ahí no moran muchos prietos (algunos nomás por apodo), y antes de que se despeñe el asunto le pregunto qué es lo que sucede con los afroamericanos. Toma un poco más de su gasificada hache dos ¡oh! y enhebra: —*Los negros de los Estados Unidos han perdido para siempre sus orígenes. No solamente los maltrataron inmisericordemente los esclavistas sureños, también les robaron sus orígenes, es como si a usted le quitaran su principio de mexicano, sus pirámides y sus ídolos (nadie se atrevería, pienso y me defiendo). Los afroamericanos van a padecer por un tiempo grande para recuperar sus orígenes. Además, el tiempo se extenderá porque primero quieren obtener nacionalidad legítima, empleo seguro y reconocimiento civil, sus plegarias de Gospel no les bastarán para tanto, concluye y se levanta; mira a Marcelo y le recomienda: —en dos semanas me lo devuelve.*

142

Marcelo la sigue con los hasta que la morena se esfuma; esconde en el interior de su saco el libro y me pregunta: —*¿otra ronda, compadre?* —Pues sí, —*igual pa' todos.*

La tarde se apura en chupes desconocidos y en una buena ración de arroz con frijoles y carne de marrano, y Marcelo feliz con su libro de crianzas gemelas que sufrieron una injusta guerra y en la locación perfecta para encontrarnos con Alexei Cezare: la *Taverna Joaquim* que regentea un hombre al que, da lo mismo si se llama o no, Joaquim y... *pará pará, pará paró.*

Prístino, el aguardiente se desliza con la cerveza oscura, una más y otra más, degradados en el triperío de los ingestantes. —*María-chiz, maría— chiz*, grita Marcelo ante un hombrecillo con sombrero chiquito de palma y una guitarrita muy simpática a la que nombran *cavaquiño*. Nos ve como si estuviera al fondo de un espejo y Marcelo necio necio grita de nuevo —*maría-chiz maría-chiz, compadre...*, y el filarmónico ambulante no se inmuta con su pedimento, rasguña las cuerdas de la

guitarrita y solicita nuestras músicas favoritas, y otra vez imparable Marcelo con aquello de *maría-chiz, maría-chiz*, y no, está verde la cosa, él no conoce de mariachis nada y más bien entorna los ojos en un no-me-los-hagan-entornar-más-miserables, *—de jotalfredo de jotalfredo*, exige Marcelo, *—o una de Pin Floi*, reviro yo; el hombrecito cavaquiñoso contesta melífluo: *—no conozco esas músicas, doctores. —¡Ah! ¡Haz lo que quieras y repasa todo Cartola!*, sugiere Marcelo conmovido, y la fuimos pasando con aquello de que “tristeza no tiene fin, felicidad sí”, y después con el “córre y mire el cielo” ya vamos a media tranca, más menos a medios chiles con “Acontece”, “El sol nacerá”, “Quien me ve sonriendo”, “Amor prohibido”, “Alborada” y “Sí”, *—y no*, se queja Alexei, *ya párenle a la serenata que preciso hablar en serio con ustedes*. Yo no me arredro: *“hablando en serio con Roberto Carlos”* y Alexei despidió al cavaquiñero andante con unos billetes reales; se acabó la fiesta, preste atención querido, *—¿Qué aconteció, Alexei?*

Se mece escrupulosamente la barba; amacizando de más los hombros gruesos que lo delimitan y lanzando hacia delante todo su cuerpo chaparrón: *—La Organización de Turismo Nacional acordó que dará financiamientos para agencias de viajes y nosotros debemos pedirlos especialmente para el circuito Rio-Cancún. Quieren que los aviones vuelen todavía más. Haremos mucha plata, mucha plata, si te meneas fuerte, (¿con samba o sin samba?, pregunta mental). Reforcemos el plan de negocios en México y ya verás la llegada de mexicanos acá y de brasileños allá*. Suena formidable. Sí, escucho, formidable.

— Alexei Cezar, amonesta Marcelo, para eso vino el compadre.

Es costumbre. Es costumbre entre las ruinas de edificios de una o dos plantas, follaje exiguo en los balcones, no más, y porque Lapa también significa bofetada, guantazo, trancazo o, de plano, chingadazo como el que le proporciona, ¿lo necesitaba?, el mestizo enfundado en la playera número 6 del club fluminense al prieto que está a su lado enfundado también en la playera con el número 9 del mismo club. Me alarmo: Rivelino jamás se lo hubiera hecho a Edson Arantes, ni Dirceu a Sócrates, ni...

Un suspiro comprensivo y ver que la luz se marcha y sale presurosa del día como empleada de oficina, para qué alarmarse si todos

MIGUEL ÁNGEL ECHEGARAY

los que estamos en Rio somos abusivos. Es tanta mi falta de pericia; Marcelo me dijo lo que Jobim: “Brasil no es un país para principiantes”, y así cómo controlar el entusiasmo y mejor ser otra piedra en Lapa: pétrea, gozosa, sin obligaciones cumplidoras y sambando encuerado por el desierto frondoso con una sola prenda: la peluca de color castaño tirando a rojo, perseguido por una gavilla de desgraciados; pero el mediocampista le hizo una marranada al goleador, como si lo mereciera y no se vale, no, no se vale.

- ¿Son estúpidos o qué?, pregunto a Marcelo.
- Tuercen para Fluminense, compadre, tuercen para su club.
- Pues se tuercen muy fuerte, compadre.

Ya, ya, ya los va a mandar a su casa el patrón, me tranquiliza. Es cierto, el dueño avisa a los rijosos que deben irse o se verá en la necesidad de llamar a la policía o *polízia*, como le llaman acá. Yo ya veo viejo. Cuántas veces no he visto esto mismo o similares. ¿El motivo de la diferencia? Típico, la méndiga alineación perdedora, ¡bah! (No, nunca. No, nunca. Esperaba una distancia nueva. No, nunca. Esperar lo que te toca. No, nunca).

Alexei insiste: *—mucha plata hay en nuestro porvenir; si te meneas, si te meneas*, (¡bah! ¡si no soy cuzca!, de nuevo pregunta, afirmación mental). Y yo pues aquí, ¡en la cueva de las orquídeas susurrantes o su distancia más cercana! *¡Alexei Cezar, te lo vuelvo a repetir, para eso vino a Rio el compadre! Pará, pará, pará, paró.*

Se vino encima la noche. La cachaza y la cerveza imponen otra puntualidad. Igual podría ser el tal Joaquim, que quiere cerrar su taberna, abandonarnos a los tabernícolas y privarnos del elixir que santifique el tabernario. Marcelo se crece energuménico si no nos sirve otra ronda, *—las de la casa las de la casa*, yo implorante y el patrón, Joaquim o lo que sea, se hace el desentendido, *—las de la casa las de la casa*, y nanai.

Alexei Cezar traduce el gesto: *él va cerrar*.

Marcelo da unos pasos bamboleantes; la puerta principal se le estrechó y no puede salir porque abrió de manera gacha los brazos, tiesos tiesos y se autonombró “El Redentor”, y no, como roble viejo y tieso tieso no cede su figura, ni Dios lo quita o lo saca: en estado burro, ¿quién se atreve?

Alexei Cezar traduce, *él va cerrar*.

Marcelo Redentor no cede —*las de la casa las de la casa*—, los brazos ¡vaya tiesura! tampoco ceden, y así de nuevo, así así, y Alexei Cezar (¡menéate, menéate cabecilla!) traduce: *ya les trae otra cerveza y otra cachaza a los dos...*

Marcelo Redentor ríe, ríe y sujeta primero el vasito de aguardiente y se lo empuja de un solo golpe; termina por aventárselo al dueño, que lo pesca con una mano. Bebe la cerveza como en un concurso; se pasa la manga de lino por la boca y desaparece la espumilla final. Joaquim o su antepasado pregon a lo inevitable: *el motorista no puede esperar más tiempo*.

En el asiento trasero del taxi patas de hule, aplastados los tres, pegados a Marcelo como lapas, nos transportamos a Leblon, salir de esas cavernosas calles bohemias y quisquillosas. ¿Y si nos topamos con las mujeres que corren como los lobos?

— ¿Qué tanto me has fastidiado con los lobos y las mujeres toda la tarde, compadre?

— ¡Ah! Una publicidad que me entregó la señora de un grupo que considera bueno leer muchos libros...

— ¡Ah! ¡ah-ah!